

DESDE EL MIRADOR DEL TAJO



MIGUEL ÁNGEL CURIEL

Breviario atlántico.

A la memoria de un río

Viniendo desde el este, desde Madrid por la carretera que lleva hacia Extremadura en dirección oeste, a unos ciento y pico de kilómetros, en el corazón del valle del Tajo se alza la provinciana Talavera, mundo de aluvión y rojizas arcillas, una pequeña ciudad reumática y viscosa, plena de artrosis en todas sus extremidades, doblegada ante una memoria de sonidos de río, mineralizada en el ocaso de su tiempo y coquetamente escondida detrás de una máscara de cerámica; el viajero que la cruza, apenas duda en detenerse, pasa de largo por los corredores tortuosos de sus avenidas descascarilladas, y al no encontrar plazas, agoras para debatir a solas la sensibilidad de la percepción, sigue el camino casi como en una huida. Carece la ciudad de promontorios que hagan posible reunir en una mirada la dimensión del territorio para extraviarse por el tiempo pasado... debió existir en algún tiempo aún cercano cierta carrera competitiva alentada por la especulación, quizá para ganar el cielo, y así, a falta de torres de catedrales, se alzaron rascacielos y colmenas para albergar a operarios reciclados de la emigración: una simple batalla estética, monstruos nacidos del complejo fálico de algún arquitecto constructor, se practicó la intimidación hacia las otras formas de entender el misterio y el secreto que hacen de una ciudad ciudad, y no una mera sucesión de ladrillos superpuestos; las ciudades provincianas como ésta, mantienen una condición de ciudad entre comillas: habita una extraña sensación que hace dudar de tal condición.

Tornará la ciudad algún día al río, a la humedad, a las orillas que la vieron nacer, aunque este sea en ese momento de reencuentro un

espectro, un lecho agotado que en sus últimas corrientes apenas puede pronunciar su telúrico nombre; la hendidura de la herida ya estará muy profunda y es posible que ya sea insalvable con los puentes que tiende el amor: en las escuelas los niños ya no aprenderán los ríos, sus distancias, sus nacimientos, sus cursos, sus desembocaduras, la geografía quedará amargamente olvidada en los rincones de la futil memoria: toda la vida serás anticiclónica, pero a pesar de que el único telón que cubra el firmamento sea el azul nebuloso, las estrellas se habrán marchado a otras órbitas y los añiles nocturnos se cubrirán de sombras, sólo perdurará la luna quieta y llena que descubrirá, como un foco con su luz tenue, las ruinas de la geografía y el paisaje; el río pasará hasta entonces como un vagabundo, con el silencio humilde de los que ya no pretenden nada, embriagado pasará sin orígenes y sin pedir los salvoconductos a los últimos viajeros que cruzan los últimos vados: los ríos de nuestro tiempo están pidiendo la eutanasia, no soportan más el eterno anticiclón sin memoria que habita el cielo de las ciudades provincianas, no soportan los escupitajos de la modernidad decimonónica encapuchada, ni la lluvia ácida, pero mucho menos la indiferencia de los mortales, que doctrinariamente educados creyeron en la eternidad de lo que crearon los dioses, y sobre todo creyeron en un dios que se dijo a sí mismo inmortal, e inmortal e imperecedero todo lo que él se autoproclamó creado por su verbo y por su gracia... pero los mortales no sabemos que hasta los dioses mueren, y el que primero murió fue el que se desvió del originario panteísmo: dios fue siempre una renta, una renta inmueble de la que nosotros éramos responsables, gestores, en definitiva, nosotros éramos también dios, es aquí donde reside la imbécil naturaleza de dios... en dios está también la esencia de la autodestrucción: la inmortalidad fue siempre una coartada de los dioses para desviar la atención sobre su frágil mortalidad.

No hay tesis que defender, ni siquiera territorios; si hay que defender el crepúsculo de la memoria, esa abstracción generosa que nos devuelve a la posibilidad de la concreción de la realidad sensitiva que nos hace nacer de nuevo.

El ser de lo que somos apenas está en lo que somos, prueba a trastocar todas las piezas del juego, y verás que la estrategia cambiará; hay que desvelar toda nuestra capacidad de percepción, así las indagaciones serán mucho más amplias y profundas. ¿Dónde está la esencia de esta tierra, de ésta ciudad?, sólo tendríamos que saber que no sabemos nada de la esencia de esta ciudad, de esta tierra, así el camino hacia la memoria nos enriquecerá más y sin absolutos: somos tierra de nadie, frontera o encrucijada, Extremadura sutil, un territorio arcilloso, el enigma de un

río fugitivo que desvela su silueta enérgica y vencida hacia el Atlántico.

Talavera es una ciudad por vocación ajena al mundo atlántico, siempre mirando a Madrid evoca los viejos vicios extremeños de dar la espalda al corazón de la Lusitania, pero toda su esencia, todo el magma desaprovechado de su vitalidad se desvanece río abajo en dirección Lisboa: siempre me gustó soñar que Talavera era el primer barrio de Lisboa y no el último arrabal de Madrid.

Las lluvias en esta tierra del campo Arañuelo, sedienta y abrasada, suelen llegar desde el Oeste, son las lluvias que humedecen este territorio continental, sobre todo en otoño y en primavera: si no fuera por el océano no tan alejado, la sequía ya llevaría siglos.

Aquí, en éstos queridos territorios, los cruceiros fueron sustituidos por patibulos de piedra en los cruces de los caminos y en las plazas de los pueblos, que por cierto, del patrimonio existente hoy en día es de lo que mejor se conserva, quizá como aviso premonitorio de malos tiempos por venir.

Hubo un tiempo en el que la ruta Jacobea que terminaba en Fisterra (Finisterre) hizo que toda una Europa que comenzaba a salir de lo tortuoso de una época oscura intentase una vertebración sobre el eje atlántico; fue después de la gran aventura romana un primer renacimiento, que aglutino mediante el camino de Santiago un intento de vertebración europeo: proceso de síntesis en el que Europa se fue definiendo de cara al Atlántico; un mundo de encrucijadas permanentes moldeado por la huida de otros mundos: el de la luz mediterránea viajando hacia el oeste, el mundo sufi y sensible de Al-Andalus y el mundo heredero de toda la tradición celtica; un cóctel cultural, un experimento que tuvo su lugar en el territorio marginal del atlántico ibérico. Ese mundo se configuró al margen de estructuras preconcebidas: los primeros viajeros del oeste, voluntarios, sin espadas y sin crucifijos, sólo con las vieras atlánticas como oxígeno que llena los huecos con el sueño, fueron los que desentrañaron ese primer renacimiento europeo: silencioso y permanente: así fue como se logró esa cultura atlántico-gallego-portuguesa, extremeña, castellana del oeste, latitudes para ser panteístas bajo el choque de las luces tenues junto con la claridad inmensa del mediterráneo, que como cuña actúa, territorios para la lírica, lugares donde la niebla es ventana y no muro, y donde se ubicaron los primeros puertos de donde partieron las primeras naves a desentrañar el horizonte; Fisterra es el mito que infunde miedo para desentrañar el verdadero miedo; Fisterra, donde termina la ruta terrestre de la vía láctea jacobea, es el lugar donde comienza la ruta húmeda que hizo al hombre europeo arrojarse a la primera gran sima de las contradicciones que no cerró a lo

largo del tiempo toda la sal del océano. Suscribo como una amiga pontevedrés que Colón era gallego y no genovés, es decir un hombre con más exceso de claridad que un italiano porque es capaz de ver entre la nieblas del Atlántico lo que otros no ven en el azul del día de Alejandría.

Diversificar el horizonte, forzar la perspectiva aparente de las cosas, no creer en el nacionalismo y mucho menos en el localismo, recrear entelequias que faciliten la integración de lo que nuestra mirada demagógica y mal educada observa bajo su criterio chovinista en el que todo se torna agravio y fatuo hecho diferencial, cuando en la realidad más objetiva lo que se da es que esas miradas no traspasan la perspectiva de su propio ombligo; no hay que hablar más de naciones, porque los monstruos se comen a los pequeños hombres, por eso prefiero hablar del Atlántico, al menos la marea baja y sube con los criterios del movimiento de la luna, y en cada latitud del territorio, no siempre coinciden sus horarios. Es mejor creer en lo relativo del territorio y la cultura, no fabricando una falsa homogeneidad, así, tu cuerpo cuando muera, no será cubierto por ninguna bandera; en mi ciudad he visto muchas cosas que me desagradan y otras que me entusiasman, en otros lugares también he visto muchas cosas que me encantan y otras muchas que me desagradan; es bueno aprender a no patentar rompecabezas, prefiero seguir instrumentalizando mis sentimientos y mi razón para juntar sus piezas.

MIGUEL ÁNGEL CURIEL

Escritor y cantautor